

Las antropologías mexicanas y el multiculturalismo

Francisco Javier Guerrero*

Es conocida la definición del famoso antropólogo Sol Tax acerca de la ciencia por él desarrollada: “Antropología es lo que hacen los antropólogos”. En el caso de México, por lo menos desde 1917 –cuando, según se postula, “la Revolución se hizo gobierno”– las cosas fueron muy claras, como aduce el colega Guillermo de la Peña; la antropología en el siglo pasado tenía un objeto de estudio pronunciadamente específico: la población indígena del país. Pero después de 1968 la antropología mexicana parece más bien obedecer a la opinión de Tax, y uno se pregunta si se ha descariado o se encauza en forma productiva.

Citaré algunos hechos que en apariencia carecen de vinculación entre sí, pero que en realidad muestran ciertas orientaciones en la antropología mexicana. En diversas ocasiones se tiene la impresión de que la mayoría de los miembros de nuestra sociedad no sabe muy bien con qué se come eso de la antropología. Cuando yo y otros colegas declaramos que nos dedicamos a tan al parecer esotérica disciplina, muchos suponen que podemos indicar si algunas figurillas de barro o de obsidiana que tienen en sus hogares son prehispánicas, de qué fechas son y de dónde provienen. Es decir, parten del supuesto de que somos arqueólogos y, en efecto, la arqueología es una rama importante de la antropología. Esta disciplina, considerada por Enrique Nalda, quien fue uno de los más destacados arqueólogos mexicanos, como una “paleoetnología”, es indispensable para auxiliar a ciencias como la historia.

Al respecto cito aquí la postura de un famoso y despistado arqueólogo respecto a la profesión que ejercía, ya que ello también se conecta con los azares, venturas y desventuras de la antropología en tierras aztecas. Ese arqueólogo medio pelmazo decía que la arqueología carecía de importancia en el presente, sin aplicación alguna para abordar problemas propios de la actualidad, ni incidía en la transformación social. Por supuesto, tales aseveraciones no eran más que disparates. La arqueología nos muestra tendencias generales de la evolución humana, así como las particularidades de los acervos culturales y el modo en que los seres humanos han enfrentado a diversos ecosistemas –lo cual, sin duda, muestra métodos y técnicas aprovechables en la época contemporánea–; descubre la existencia de concepciones y saberes –expresados, por ejemplo, en inscripciones grabadas en recipientes materiales–; analiza restos humanos asociados con ofrendas u otros rasgos materiales que se configuran como indicios de creencias religiosas o de estratificación social, entre otros aspectos. Concebir a la arqueología como algo inútil para conocer las sociedades actuales implica degradarla al nivel de un simple pasatiempo.

Por el contrario, el arqueólogo Jaime Litvak me dijo en una ocasión que la arqueología era una ciencia que se traslapaba con otras disciplinas antropológicas, pero que poseía un carácter

* Dirección de Etnología y Antropología Social, Coordinación Nacional de Antropología, INAH (fguerrero.deas@inah.gob.mx)

independiente. En relación con esto Litvak, que estaba muy influido por la arqueología estadounidense, no era un discípulo aventajado de los más destacados antropólogos mexicanos –algunos de los cuales no poseían títulos de antropólogos.

En la década de 1920 el notable maestro Moisés Sáenz –que en su práctica social era también un notable antropólogo– declaró que la etnología, la antropología social, la arqueología, la antropología física y la lingüística deberían conjugarse y converger en una sociología práctica, es decir que la antropología en México tenía como fin una transformación de la realidad social del país mediante una serie de acciones institucionales emprendidas básicamente por el Estado.

En principio se supone que cualquier ciencia tiene como objeto estudiar la realidad para transformarla, pero aquello en lo que se incide para llevar a cabo esa transformación varía según los diversos escenarios sociales.

En Estados Unidos la antropología se desarrolló, en principio, como una disciplina que en el marco de las ciencias sociales intentaba hallar los elementos esenciales del fenómeno denominado como “cultura”. Esto obedecía de manera sustancial al carácter pluricultural de ese país y a la tentativa de inhibir su importancia para lograr una mayor eficacia en la asimilación o “norteamericanización” de diversos grupos de migrantes, o bien de aprovechar algunos elementos de ese pluriculturalismo para fortalecer, no debilitar, el crisol asimilacionista –*melting pot*–. En atención a lo anterior, en esa nación se incrementaron las corrientes antropológicas “culturalistas”, de notable influencia en México, donde no obstante sufrieron cambios notorios debido a su encuentro con otras corrientes predominantes en nuestra nación.

Al irse desarrollando la nación estadounidense, también se desarrolló su expansionismo en el globo terráqueo. Por tal motivo la antropología del país vecino adquirió, según varios de sus críticos, una fisonomía “colonialista” o “imperialista” que la emparentó con las antropologías pergeñadas en los países europeos. En todo caso la presencia estadounidense en muchos lugares del mundo –que podía ser política, militar, social o ideológica, y más bien combinaba esos aspectos– requería estudios y análisis de las “idiosincrasias” de los pueblos con que los habitantes del país de Lincoln se hallaban en contacto.

Si bien la arqueología en el país del dólar verde no se hallaba segregada de otras disciplinas antropoló-

gicas, se remitía a estudiar las “sociedades de indios muertos”; por esa misma razón tuvo un fuerte impulso la disciplina llamada etnohistoria. En Estados Unidos la inquietud por conocer el pretérito precolombino se debe en buena medida a resolver problemas generales de la arqueología como los que ya apunté previamente. No se trataba tanto de estudiar a grupos étnicos desaparecidos, sino de analizar las diversas prácticas sociales de hombres y mujeres a través de la historia.

En México la arqueología responde a los principios enunciados por Sáenz, ya que la herencia prehispánica desempeña un papel tan protuberante, que algunos analistas como el antropólogo Guillermo Bonfil la postulan como el núcleo de la civilización auténtica de México –el “México profundo”–, opuesta a una civilización exógena –el “México imaginario”– que se ha impuesto por la fuerza en el país. De tal modo, aunque los antropólogos como Bonfil fueron y son fuertes críticos del llamado “indigenismo” –la política oficial del Estado Mexicano nacido de la Revolución de 1910 en cuanto a los grupos étnicos indígenas–, suscriben la unidad de las disciplinas antropológicas, sólo que desde el punto de vista de ellos mismos; la “sociología práctica” –casi confundible con una “antropología práctica” (que para algunos sería lo mismo que la antropología aplicada)– sería o debería ser una *praxis* dirigida por los propios pueblos que son materia de estudio de los antropólogos, y éstos, a su vez, deberían conformarse como un núcleo intelectual orgánico que coadyuvara a su propia emancipación.

Según ciertos colegas, como el polémico Luis Vázquez León, profundo estudioso de la antropología mexicana, en el México del siglo xx ha predominado una “antropología gubernamental”, y a fines de este siglo ha repuntado una “antropología académica”.

¿En qué consiste la antropología “gubernamental”? Aquí debemos partir del magno acontecimiento que fue la Revolución de 1910. Conforme a mi punto de vista, tal movimiento armado fue un conjunto de rebeliones populares por lo general conducidas por caudillos “modernizadores”, es decir, partidarios del establecimiento de un capitalismo más desarrollado y dinámico que el que despuntaba en tiempos del porfiriato (1876-1911), todavía muy atado a elementos y remanentes precapitalistas. El único movimiento en el proceso revolucionario de “esencia anticapitalista” fue el zapatismo, surgido en el estado de Morelos y aliado de la intelectualidad orgánica del magonismo, lo cual no significa que añorara los sistemas precapitalistas, co-

mo han declarado algunos analistas a los cuales no les funciona muy bien el cerebro.

Los triunfadores en la Revolución –componentes de una burguesía nacional ávida de crecimiento– se enfrentaban a una tarea de gran envergadura: por un lado trataban de imponer un sistema basado en la propiedad privada de los medios de producción y en la explotación del trabajo asalariado; por el otro, debido a su “dependencia histórica” de un movimiento de masas populares, se veían obligados a crear e incluso a desarrollar hasta ciertos límites políticas reformistas y de corte populista. La antropología “gubernamental” tiene ese doble carácter, y quizá su mejor representante haya sido el doctor Gonzalo Aguirre Beltrán.

A principios del siglo pasado existía en México un sector de la población que se hallaba al margen de la modernización: el compuesto por los grupos étnicos indígenas. Se consideró necesario integrarlos al desarrollo capitalista mediante su transformación en “agentes” de ese desarrollo, sobre todo como trabajadores, como campesinos protagónicos de una reforma agraria pilar de una industrialización o como trabajadores en otra rama de la economía, en forma medular como proletarios. Y por otra parte al desligarlos de sus medios de producción –en particular de la tierra–, que no tenían un carácter mercantil.

Sin embargo, no era posible abolir en su totalidad las diversas estructuras sociales en que se desempe-

ñaban los pueblos indígenas, ya que por un lado éstos se resistían a abandonar sus formas de asociación y, por el otro, exigían que se les ofrecieran tierras y otros medios de producción para explotarlos en un sentido no capitalista. Por eso el Estado se vio obligado a respetar con muchas reservas a las comunidades indígenas e incluso a crear cooperativas agrícolas, llamadas “ejidos”, en las cuales la tierra no se configuraba como un producto destinado al mercado. Por eso también algunas personas alegaron que en México existía una economía “mixta”, algo así como el vaso medio lleno y medio vacío: una sociedad medio capitalista y medio socialista. En realidad las conquistas sociales de la Revolución se fueron minando en forma gradual en razón directa del incremento del poderío de la burguesía nacional.

La antropología “gubernamental” estuvo estrechamente ligada al Estado y muchos de sus más destacados representantes fueron funcionarios públicos. Destaca en ese marco la presencia de Manuel Gamio (1883-1960), discípulo del antropólogo germano-estadounidense Franz Boas y uno de los precursores más notables del indigenismo mexicano. Aunque muy influido por el relativismo cultural estadounidense, Gamio fue un acérrimo defensor del nacionalismo y en sus trabajos empleó un enfoque histórico donde planteaba un criterio evolucionista en el que se apreciaba la idea de que las culturas del mundo iban desde peldaños inferior-



res hasta superiores, lo cual no era afín con el relativismo cultural de Boas. Gamio escribió en 1916 un libro de título significativo, *Forjando patria*, donde planteó que para convertirse en una auténtica nación México debía seguir el ejemplo de los países más desarrollados de la época, obviamente los más modernizados; en tiempos ulteriores Gamio llegó a dirigir el Instituto Indigenista Interamericano.

Los antropólogos con o sin título que trabajaron más o menos entre 1917 y 1940 siguieron la trayectoria de Gamio y casi siempre mencionaron el problema indígena como un asunto con raíces en la estructura social y en la tenencia de la tierra. Esta postura cobró auge en la época del cardenismo, cuando se postuló que no había que indianizar a México, sino mexicanizar a los indios. La contraofensiva sumamente fuerte contra el populismo cardenista que ocurrió hacia 1938 logró que el llamado problema indígena se fuera concibiendo de otra manera. La antropología “gubernamental” alcanzó en 1939 un ápice con la creación del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Esta institución tenía y tiene un papel sumamente relevante en el estudio, la salvaguarda y el desarrollo del patrimonio cultural de México. Su papel es central en defender un conjunto de opciones culturales en un mundo donde los grupos dominantes intentan uniformar los patrones de pensamiento y de cultura. En el interior del INAH se creó, además, un importante centro de formación de antropólogos: la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), que durante muchos años contó con un gran prestigio internacional.

El declive de las conquistas sociales de la Revolución mexicana a partir de 1940 se tradujo en un viraje en el contenido de la antropología “gubernamental”: empezó a reinar el “casismo”, al cual llamo de esa manera por la influencia preponderante del abogado y arqueólogo Alfonso Caso, que desligó el problema indígena del estudio de la estructura social y lo concibió como un problema cultural. Según esta concepción, el rezago indígena se debía a la primacía de valores propios de los grupos étnicos, los cuales resultaban anti-téticos ante los propios de la modernización. Caso fue así el prototipo de las concepciones llamadas “desarrollistas” en la antropología mexicana, de forma que se excluyeron aquellos estudios que intentaban profundizar en las raíces sociales tras la explotación y opresión de los indígenas. Caso fue asimismo el director y fundador del Instituto Nacional Indigenista (INI) en 1948, como también lo fue del INAH. Aunque brillante arqueó-

logo, su influencia ideológica subordinó a los pueblos indígenas, de este modo convertidos en receptores pasivos de prácticas asistencialistas.

El más brillante de los antropólogos oficialistas fue Gonzalo Aguirre Beltrán, quizá el más importante director que haya tenido el INI. Para Aguirre el subdesarrollo de las zonas indígenas se debía a que éstas eran explotadas por un centro mestizo de carácter atrasado y reacio a la modernización capitalista, dirigido por caciques y arribistas discriminadores de los indígenas. Para tener acceso al progreso, tanto los indígenas como sus opresores debían convertirse en sujetos propulsores de la modernización, para lo cual Aguirre consideraba que unos y otros debían ser componentes de las clases más propulsoras en el mundo contemporáneo: la burguesía y el proletariado. Los afanes nacionalistas del doctor Aguirre fueron desechados en forma gradual; allá por la década de 1970 él me dijo que las acusaciones de oficialista en su contra se hallaban erradas porque el presupuesto del INI era muy magro.

En esta anorexia de la antropología mexicana, el INAH, y la ENAH en particular, fueron cayendo presas de una rutina burocrática que dificultaba tanto la enseñanza como la investigación. En la década de 1960 la influencia avasalladora de los movimientos de emancipación colonial y de las revoluciones china y cubana provocaron otro viraje en los senderos de la antropología. Se empezó a presionar para que esta ciencia apoyara las metas de “los condenados de la tierra” –para recordar a Frantz Fanon–, aunque muchos pensaban que la antropología, por su propia esencia, era una ciencia colonialista. En este marco apareció un conjunto de antropólogos apodado como *los Magníficos*, que realizaron una fuerte crítica al casismo, lo cual incluso ocasionó una enorme irritación a don Alfonso, que llenó de improperios a esos colegas. Éstos eran Ángel Palerm, Guillermo Bonfil, Arturo Warman, Margarita Nolasco, Mercedes Olivera, Enrique Valencia y Daniel Cazés, los cuales consideraban que la burocracia del INAH había ahogado las tareas de investigación en esa institución. Tan fue así, que Bonfil habló con el entonces rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, Pablo González Casanova, para que la máxima casa de estudios absorbiera la enseñanza y la investigación antropológica, en una misión que no fructificó.

Ángel Palerm, que además de ser un excelente antropólogo era un hombre avezado en las lides de la política, procuró crear métodos y mecanismos para librar

el desarrollo antropológico del lastre oficialista, por lo cual impulsó la enseñanza de la antropología en la Universidad Iberoamericana con el apoyo de los jesuitas, en la Universidad Autónoma Metropolitana, campus Iztapalapa, y por último con la fundación del Centro de Investigaciones Superiores del INAH (CISINAH), cuya meta principal, precisamente, consistía en liberarse de esta última institución. Con diversos apoyos, muchos del propio gobierno, el CISINAH devino Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS).

De acuerdo con las concepciones palermianas, los objetivos antiguos del INAH ya no tenían razón de ser en un mundo urbano e industrializado. Por otra parte, Palerm consideraba que la máxima ambición de los antropólogos era crear una ciencia muy rigurosa, lo cual excluía a la antropología de ser sólo un instrumento político. De ahí que Luis Vázquez llame a esta antropología “antropología académica”, que en principio era opuesta a la “gubernamental” y que ahora se encuentra convergiendo con ella.

Además, apareció en la escena otra protagonista fundamental: la corriente marxista, estimulada a principios de la década de 1960 por estudiantes como Gilberto López y Rivas, Javier Mena, Héctor Díaz Polanco, Luisa Paré, Roger Bartra –hoy al parecer arrepentido de sus coqueteos con el señor Karl Marx– y otros más: las posiciones izquierdistas tuvieron un empuje fundamental debido al surgimiento y desarrollo del movimiento estudiantil de 1968, que en parte rompieron las inercias burocráticas del INAH y de la ENAH. Incluso aparecieron entidades donde las asambleas de académicos y administrativos eran la instancia máxima de decisión; por ejemplo, la ENAH y la Dirección de Etnología y Antropología Social (DEAS).

La idea de que existen dos antropologías, la “gubernamental” y la “académica”, no toma en cuenta que la antropología en México posee una multitud de ramales y vertientes. La historia de la antropología en México no se reduce a una lucha entre Alfonso Caso y Ángel Palerm. Importantes papeles en estos desempeños han tenido antropólogos destacados desde finales del siglo pasado, como el propio Luis Vázquez, Jesús Jáuregui, Saúl Millán, Luisa Paré, Eckart Boege, Leticia Reina, Marta Lamas y otros. La confluencia de muchas corrientes en México se ha impuesto en forma casi sorpresiva. En la actualidad coexiste una multitud de escuelas, corrientes, enfoques metodológicos, técnicas adecuadas en diferentes especialidades antro-

pológicas e incluso proclividades subjetivas de los antropólogos. Hay escuelas de antropología en Veracruz, Puebla, Chihuahua y otros lugares.

Cabe recalcar aquí un hecho: si bien la antropología es una ciencia esencial para resolver lo que Andrés Molina Enríquez llamaba “los grandes problemas nacionales”, también resulta notable que la orientación actual del Estado conciba al patrimonio cultural como un objeto mercantilizable, en especial en escenarios turísticos. En este sentido, las formulaciones realizadas por el colega Bolfy Cottom parecen correctas: él dice que el INAH se ha convertido en un obstáculo para los planes privatizadores y neoliberales dominantes en el país.

A mi juicio, el rescate de la antropología en México tiene como uno de sus pivotes esenciales una trayectoria histórica de gran peso que se corresponde con las demandas esenciales de los sectores populares en pro del progreso y la emancipación de todos sus componentes. El contenido progresista de la antropología mexicana no puede ser echado junto con el agua sucia después del baño. Los Gamio, los Bonfil, incluso los Aguirre Beltrán, deben ser arquetipos ejemplares para las nuevas generaciones de antropólogos, que deben aprender de ellos para superarlos.

En su más famoso libro, Bonfil Batalla se quejaba con amargura de que la Revolución no derrotó a Porfirio Díaz, sino a Emiliano Zapata, representante del “México profundo”. En mi opinión no fue la Revolución, sino la contrarrevolución, y el “México profundo” no es sólo el México indígena mesoamericano, sino un pueblo que está creando una civilización basada en múltiples raíces. Al respecto se deben establecer estudios antropológicos avanzados también sobre el México de afuera, en particular del que radica en Estados Unidos. Llama la atención que muchos compatriotas en ese país se encuentren más interesados en revitalizar nuestro patrimonio cultural que muchos habitantes de nuestro país azteca. En el INAH existe el Seminario Permanente de Estudios Chicanos y de Fronteras (SPECHF), que ha logrado muchos éxitos en su desempeño. Sería importante que existiera ya un departamento del INAH abocado a tales estudios.

En sus 75 años de vida, el INAH sigue siendo un pilar fundamental que nutre el multiculturalismo, cuya impronta se está dejando sentir en todo el mundo. A pesar de las grandes dificultades y obstáculos, esto hará que nuestro planeta sea un lugar más adecuado para la existencia humana.